

— ¿Pues cómo sabes tú eso? replicó la tía, tan súbitamente halagada en lo más vivo de la curiosidad.

— Al llegar, me fuí derecho á la diligencia, con el objeto de retener mi asiento en el cupé.

— ¿Y bien?

— Un viajero habia ido ya á retener un asiento en la imperial. Por una casualidad vi allí escrito su nombre.

— ¿Qué nombre?

— Marius Pontmercy,

— ¡El muy bribón! exclamó la tía. ¡Ah! tu primo no es un muchacho juicioso como tú. ¡Decir que va á pasar la noche en diligencia!

— Como yo.

— Pero tú lo haces por deber; mientras que él, es por desórden.

— ¡Caramba! dijo Theódulo.

En este momento ocurrió todo un suceso á la señorita Gillenormand; tuvo una idea. Si ella hubiera sido hombre, se habria dado con la mano en la frente. Pero estiró el cuello y apostrofó á Theódulo:

— ¿Sabes tú que tu primo no te conoce?

— No. Yo le he visto; pero él no se ha dignado jamas poner los ojos en mí.

— ¿De modo que esta noche van ustedes á viajar juntos?

— Él en la imperial y yo en el cupé.

— ¿Y adónde va esa diligencia?

— Á los Andelys.

— ¿Conque allá es adonde va Marius?

— Á ménos que, como yo, no se detenga en el camino. Yo me apeo en Vernon para tomar allí la correspondencia de Gaillon. Nada sé del itinerario que llevará Marius.

— ¡Marius! ¡qué nombre tan feo! ¡Qué idea han teni-

do de llamarle Marius! ¡Mientras que tú á lo ménos te llamas Theódulo!

— Más me gustaria llamarme Alfredo, dijo el oficial.

— Escucha, Theódulo.

— Ya escucho, tía.

— Presta atencion.

— Ya presto atencion.

— ¿Estás?

— Sí.

— Pues bien, Marius hace ciertas ausencias.

— ¡Ah, ah!

— Viaja.

— ¡Ta! ta! ta!

— Duerme, ó á lo ménos pasa las noches fuera de casa.

— ¡Oh! oh!

— Quisiéramos saber lo que esto significa.

Theódulo respondió con la calma de un hombre experimentado:

— Algun faldon.

Y con esa risa entreverada que pone de manifiesto la certidumbre, añadió:

— Alguna muchacha.

— Es evidente, exclamó la tía, quien creia oír hablar al señor Gillenormand, y que afirmó su conviccion emanada de un modo irresistible de esa palabra *muchacha*, acentuada casi de la misma manera por el tío y por el sobrino. Y prosiguió ella:

— Danos un placer. Sigue un poco á Marius. Fácil te será hacerlo, puesto que no te conoce. Y si al fin hay de por medio una muchacha, trata de verla tambien. Despues nos escribirás la historieta. Eso divertirá al abuelo.

Theódulo no tenía un gusto excesivo por este género de espionaje; pero estaba muy agradecido á los diez lises, y creia ver una continuacion posible de este acto de

tierna generosidad por parte de su amabilísima tía; por lo cual aceptó el cometido y dijo: — Como usted guste, querida tía. Añadiendo, para sí, aparte: — ¡ Héteme aquí convertido en dueña!

La señorita Gillenormand le besó.

— No es á ti, Theódulo mio, á quien yo dirigiria nunca tales emboscadas. Tú obedeces á la disciplina, eres esclavo de tu consigna, eres un hombre escrupuloso y concienzudo, que te reconoces deberes, y no abandonarías nunca á tu familia para irte en busca de una criatura.

El lancero hizo un gesto satisfecho de Cartouche loado por su probidad.

En la noche que siguió á este diálogo, Marius subió en una diligencia sin que sospechara él que iba seguido y acompañado de un celador. En cuanto á este celador, lo primero que hizo fué dormirse. El sueño fué completo y concienzudo. Árgos pasó toda la noche roncando.

Al amanecer, el conductor de la diligencia gritó: — Vernon! parada de Vernon! los viajeros para Vernon! — Y el teniente Theódulo despertó.

— Bueno, refunfuñó, medio dormido aún, aquí es donde yo me apeo.

En seguida, esclareciéndose por grados su memoria, según que iba despertando, se acordó de su tía, de los diez luises, y de la cuenta que él se habia encargado de dar acerca de los pasos y proezas de Marius. Esto le hizo reir.

— Puede que ya no esté en el coche, dijo para sí, al mismo tiempo que se abotonaba la levita de su uniforme. Ha podido apearse en Poissy; también pudo descender en Triel; si no nos dejó al pasar por Meulan, pudo también hacerlo en Mantes, á ménos que no se apeara en Rolleboise, ó que no haya llegado hasta Pacy, desde donde pudo dirigirse hácia la izquierda sobre Evreux, ó hácia la dere-

cha, á Laroche-Guyon. Anda, tía, y corre tras él. ¿Qué diablos voy yo á escribir á la buena anciana?

En este mismo instante, apareció ánte las vidrieras del cupé un pantalon negro que descendia de la imperial.

— ¿Si será este Marius? dijo el teniente.

En efecto, era Marius.

Una aldeanita que se hallaba junto al carruaje, mezclada con los caballos y con los mozos, ofrecia flores á los viajeros. — Adórnense ustedes con flores, señoras, y florecerán! gritaba la muchacha.

Marius se acercó á ella y compró las más hermosas flores de su canasto.

— Por de pronto, dijo Theódulo saltando de su cupé en tierra, esto ya principia á picar mi curiosidad. ¿Á quién diántres va él á llevar estas flores? Bien es menester que sea una mujer muy guapa y muy hermosa para dedicarla tan magnífico ramo. Quisiera yo verla.

Y no ya por obedecer al mandato que habia recibido, sino por curiosidad personal, á la manera del perro que emprende la caza por su propia cuenta, se puso á seguir á Marius.

Marius no prestaba la menor atención á Theódulo. Algunas señoras elegantes bajaron de la diligencia; pero él no las miró siquiera. Parecia que nada veia en torno suyo.

— Yaya si está enamorado! dijo para sí el oficial.

Marius se dirigió hácia la iglesia.

— Magnífico! dijo Theódulo. La iglesia! eso es. Las citas sazonadas con un poco de misa son las mejores. Nada hay tan exquisito como una ojeada que pase por encima del Santísimo Sacramento.

Una vez llegado á la iglesia, Marius no entró en ella, sino que rodeó por detras de la cabecera del templo, desapareciendo en la esquina de uno de los estribos del hemicielo.

— La cita es fuera de la iglesia, dijo Theódulo. Vamos ver á la muchacha.

Y avanzó sobre las puntas de sus botas hácia la esquina por donde había volteado Marius.

Al llegar á este sitio, quedó estupefacto.

Marius, apoyada su frente en ambas manos, estaba arrodillado en la yerba sobre una fosa. Allí había ya deshojado su ramo. En la extremidad de la fosa, en una pequeña eminencia que indicaba la cabeza, había una cruz negra de madera, en la cual se leía en letras blancas este nombre : CORONEL BARON PONTMERCY. Oíase á Marius sollozar.

La muchacha era una tumba.

## VIII

## MÁRMOL CONTRA GRANIT

Aquí fué adonde Marius vino la primera vez que se ausentó de París; y aquí era adonde venía cada vez que el señor Gillenormand decía : Se va á dormir fuera de casa.

El teniente Theódulo quedó turbado y ruborizado por este inesperado encuentro de un sepulcro; experimentando una sensación desagradable y extraña que él era incapaz de analizar, y que se componía del respeto debido á una tumba mezclado con el respeto debido á un coronel. Retrocedió, dejando á Marius solo en el cementerio, y en esta retirada se hacían notar los efectos de la disciplina. La muerte se le aparecía allí con grandes características, y casi la hizo él el saludo militar. Ignorando lo que debería escribir á su tía, tomó el partido de no escribirla nada, y probablemente nada habría resultado del descubrimiento hecho por Theódulo acerca de los amo-

rión de Marius, si, por una de esas misteriosas combinaciones que son tan frecuentes en los destinos humanos, la escena de Vernon no hubiera tenido casi inmediatamente una especie de repercusión en París.

Volvió Marius de Vernon el tercer día después de su marcha, muy de mañana, entró en casa de su abuelo, y rendido de haber pasado dos noches en diligencia, sintiendo la necesidad de reparar su insomnio mediante una hora de escuela de natación, subió rápidamente á su cuarto, no estuvo en él sino el tiempo necesario para dejar allí su levita de viaje y el cordón negro que llevaba al cuello, y se fué al baño.

El señor Gillenormand, que se levantaba muy temprano, como todos los viejos que gozan de buena salud, le había oído entrar, y se había apresurado á subir, todo lo más de prisa que era permitido á sus vetustas piernas, la escalera del granero donde habitaba Marius, con el deseo de abrazarle, de cuestionarle de paso, y ver de averiguar un poco de dónde pudiera él venir.

Pero el adolescente había empleado ménos tiempo en bajar de su cuarto y en salir á la calle que el cenario en disponerse á subir; de modo que cuando el tío Gillenormand entró en la guardilla, ya no se hallaba allí Marius.

La cama no estaba deshecha; y sobre ella se dejaban ver sin desconfianza la levita del viajero y su cordón negro.

— Prefiero esto, dijo el señor Gillenormand.

Y pocos instantes después entraba en la sala donde se hallaba ya sentada la señorita Gillenormand, bordando sus ruedas de cabriolé.

La entrada fué triunfal.

El señor Gillenormand llevaba en una mano la levita y en la otra la cinta del cuello, y gritaba:

— ¡Victoria! ya vamos á penetrar el misterio! ¡Vamos á saber la explicación del enigma, á palpar los libertina-

jes de nuestro buen cazurro! ¡Hétenos aquí en la portada de la novela. Tengo el retrato!

Con efecto, una cajita de tafíete negro, muy semejante á un medallón, estaba suspendida del cordón del cuello.

El anciano tomó esta caja y la estuvo considerando algún tiempo sin abrirla, con ese ademán de voluptuosidad, de arrobamiento y de ira de un pobre diablo famélico que viera pasar ante sus narices una admirable comida que no fuese para él.

— Pues no cabe duda que esto es un retrato. Yo entiendo estas cosas. Esto se lleva tierna y amorosamente sobre el corazón. ¡Qué necios! ¡Probablemente será alguna pendanga abominable que hará temblar! Los jóvenes de hoy día tienen tan mal gusto!

— Á ver lo que es, padre, dijo con ansia la vieja solterona.

La caja se abrió apretando un resorte. No hallaron en ella sino un papel doblado con el mayor esmero.

— *De la misma al mismo*, dijo el señor Gillenormand desternillándose de risa. Ya sabemos lo que es esto. ¡Un billetito amoroso!

— ¡Ah! vamos á leerle! dijo la tía.

Y se caló sus gafas. Desdoblaron el papel, en el cual leyeron lo que sigue:

« — *Para mi hijo*. — El emperador me hizo barón en el campo de batalla de Waterloo. Puesto que la restauración me rehúsa este título, que yo he pagado con mi sangre, mi hijo le tomará y le llevará. Creo desde luego que será digno de él. »

La impresión que experimentaron el padre y la hija no es posible explicarla. Sintieron helados como por el soplo emanado de una calavera. No cambiaron ni una sola palabra. Sólo el señor Gillenormand dijo en voz baja y como hablando consigo mismo:

— Es la letra de aquel espadachin.

La tía examinó el papel, le dió vueltas en todos sentidos y despues le volvió á introducir en la cajita.

Al mismo tiempo, cayó de un bolsillo de la levita un paquetito cuadrilongo, envuelto en papel azul. La señorita Gillenormand le recogió y desenvolvió el papel azul que le cubria. Era el ciento de tarjetas de Marius. Pasó una de ellas á manos del señor Gillenormand, quien leyó: *El baron Marius Pontmercy.*

El viejo entónces hizo sonar la campanilla, y Nicolette no tardó en presentarse. El señor Gillenormand cogió el cordón, la cajita y la levita, lo arrojó todo al suelo en medio de la sala y dijo:

— Llévese usted esos trapos.

Una hora larga transcurrió en el más profundo silencio. El viejo y la anciana solterona se habian sentado dándose uno á otro la espalda, y pensando, cada cual á su vez, probablemente lo mismo. Al cabo de una hora, la tía fué la primera en romper el silencio, por medio de esta exclamacion:

— ¡Muy lindo!...

Algunos instantes despues apareció Marius, que acababa de entrar en casa. Aún ántes de haber llegado á la puerta de la sala, distinguió el ya á su abuelo que tenia en la mano una de sus tarjetas, y que, al verle, exclamó con su habitual tono de superioridad *bourgeoise* y burlona que tenia algo de humillante y abrumador:

— ¡Vaya! vaya! vaya! conque ya eres baron. Preciso es que te felicitemos. ¿Qué quiere decir todo esto?

Marius se puso ligeramente encarnado, y contestó:

— Esto quiere decir que yo soy hijo de mi padre.

El señor Gillenormand dejó de reir y repuso con dureza:

— Tu padre, soy yo.

— Mi padre, repuso Marius con la vista baja y con ademán severo, era un hombre humilde y heroico que sirvió gloriosamente á la república y á la Francia, que fué grande en la más grande historia que jamas hicieron los hombres, que vivió un cuarto de siglo en el vivac, de día bajo la metalla y frente á las balas, de noche sobre la nieve, sobre el odo, bajo la lluvia, que conquistó dos banderas, que recibió veinte heridas, que murió en el olvido y en el abandono, y que nunca cometió sino una falta, la de haber amado en demasia á dos ingratos, á su país y á mí.

Esto era más de lo que el señor Gillenormand podia escuchar. Al pronunciar esta palabra, *la república*, se habia levantado, ó más bien, se habia enderezado de pié, empuñándose sobre los talones, á pesar de su edad avanzada. Cada una de las palabras que Marius acababa de pronunciar habia hecho en el semblante del viejo realista el efecto de la bocanada de un fuelle de fragua sobre un tizon ardiendo. De sombrío habiase puesto rojo, de rojo purpurino, y de purpurino encendido el rostro como un ascua.

— ¡Marius! exclamó fuera de sí. ¡Abominable criatura! yo no sé lo que era tu padre! ni tampoco quiero saberlo! No sé nada, ni tengo empeño en saber tales cosas! pero lo que yo sé, es que nunca ha habido más que miserable entre todas esas gentes! que todos ellos eran unos descomulgados, asesinos, gorros rojos, ladrones! digo que todos repito que todos! yo no conozco á ninguno! digo y redigo que todos! lo oyes, Marius! Ya lo ves, tú eres baron de Robespierre! todos bergantes que sirvieron á B-u-o-na parte! todos traidores que vendieron, si, que hicieron traicion, traicion, traicion!... á su rey legitimo! todos cobardes que huyeron de los prusianos y de los ingleses etc.

Waterloo! Hé ahí lo que yo sé. Si su señor padre de usted se halla comprendido ó no entre ellos, yo lo ignoro; lo siento mucho, tanto peor, para servir á usted!

Á su vez, Marius habia sido ahora el tizon y el señor Gillenormand el fuelle. Marius temblaba, en todos los miembros de su cuerpo, y no sabia qué partido tomar; su cabeza despedía llamas. Era él en este momento semejante al sacerdote que ve arrojar al viento todas sus ostias consagradas, al fakir que presencia la profanacion de un pasajero que escupe sobre su ídolo. No era posible que tales cosas se dijeran impunemente delante de él. ¿Pero qué hacer? Su padre acababa de ser hollado y pisoteado en su presencia, pero ¿por quién? por su abuelo. ¿Cómo vengar al uno sin ultrajar al otro? Imposible era que él insultase á su abuelo, é igualmente imposible que dejara él de vengar la memoria de su padre. Por una parte, hallábase frente á una tumba sagrada, y por otra, frente á unas cañas venerables. Durante algunos momentos se mantuvo como ebrio y vacilante, sosteniendo apenas todo aquel torbellino en su cabeza; en seguida levantó los ojos, miró fijamente á su abuelo, y gritó con voz tonante:

— Abajo los Borbones, y ese marranazo de Luis XVIII! Luis XVIII habia muerto hacía ya cuatro años: pero esto para él era indiferente.

De encarnado escaflata que estaba, el viejo se puso repentinamente más blanco que sus cabellos. Volvióse hácia un busto del señor duque de Berry que se hallaba sobre la chimenea, y le saludó profundamente con una especie de majestad singular. En seguida, anduvo dos veces, despacio y guardando siempre el mayor silencio, desde la chimenea hasta la ventana y desde la ventana hasta la chimenea, atravesando todo el salon y haciendo crujir el entarimado como una figura de piedra que marchase sobre él. Á la segunda vez, se inclinó hácia su hija, la cual presenciaba

este choque con el estupor de una vieja añosa, y la dijo conriendo, con sonrisa casi tranquila y serena:

— Un baron, como el señor, y un *bourgeois*, como yo, no pueden permanecer bajo el mismo techo.

Y de repente, enderezándose, cárdeno, livido, tembloroso, terrible, con la frente ensanchada por la espantosa radiacion de la ira, extendió el brazo hácia Marius y le gritó:

— ¡Vete!

Marius salió de la casa.

Al dia siguiente, el señor Gillenormand dijo á su hija:

— Cada seis meses enviará usted treinta luises á ese bedor de sangre, y no me hablará usted de él jamas.

Teniendo aún una inmensa dosis de furor que gastar, y no sabiendo qué hacer de ella, continuó hablando de usted á su hija durante el periodo de más de tres meses.

Marius, á su vez, habia salido indignado. Una circunstancia, que es preciso mencionar aquí, habia agravado aún su exasperacion. Nunca falta alguna de esas pequeñas fatalidades que complican los dramas domésticos. Los agravios adquieren mayores proporciones, bien que en el fondo las faltas no se hayan aumentado. Al llevarse precipitadamente, por orden del abuelo, « los trapos » de Marius á su cuarto, Nicolette, sin apercibirse de ello, habia dejado caer, probablemente en la escalera de madera, que era bastante oscura, el medallon de tafilete negro donde se hallaba encerrado el papel escrito por el coronel. Ni este papel ni este medallon volvieron á encontrarse; y Marius quedó convencido de que « el señor Gillenormand, » pues á partir de este dia ya no le llamó sino de esta manera, habia arrojado al fuego « el testamento de su padre. » Sabia él de memoria las pocas lineas escritas por el coronel, y por consiguiente, nada habia perdido. Pero el papel, la letra, aquella reliquia sagrada, todo esto era su mismo

corazon. ¿Qué habria venido á ser de aquel objeto?

Marius se habia marchado, sin decir adónde iba, y sin saber él tampoco adónde se dirigia, con treinta francos, su reloj, y alguna ropa en un saco de noche. Habia subido en un cabriolé de plaza, tomándole á la hora, y encaminándose á la ventura hácia el barrio latino.

¿Qué iba á ser de Marius?

---

## LIBRO CUARTO

---

### LOS AMIGOS DEL ABC

---

#### I

#### UN GRUPO QUE POR POCO SE HACE HISTÓRICO

En aquella época, indiferente en la apariencia, corria vagamente cierto movimiento ó estremecimiento revolucionario. De las profundidades de 89 y de 92 se exhalaban unos como hálitos ó soplos que se hacian sentir en el aire. La juventud, — dispénsenos el lector la palabra, en gracia de la propiedad con que ella expresa nuestra idea, — la juventud, decimos, estaba de muda, como las aves. Ibase transformando, casi sin notarlo ella misma, por el propio movimiento del tiempo. La aguja que marcha en el cuadrante marcha tambien en las almas. Cada cual da-